

CAPÍTULO II

MARIANA ANDERSEN

Mariana Andersen era una descendiente de holandeses y palestinos, uno de esos cruces étnicos que se dan con frecuencia en Panamá. Su piel nacarada daba mayor esplendor a sus rasgos faciales árabes y a sus ojos violetas extraños. Nacida quince años antes del golpe militar de 1968, casi no había ejercido su profesión de médico por dedicarse al negocio de una policlínica privada. Esta conveniencia iba en realidad en contra de una educación humanista adquirida en Buenos Aires. Su esposo era comerciante importador de equipos para la construcción de carreteras y edificios para quien hacer dinero era lo fundamental. Pertenecía a asociaciones cívicas sólo para acrecentar su prestigio personal por encima de cualquier sensibilidad social.

“Soy un hombre práctico, con los pies bien puestos sobre la tierra’”, decía a cada momento. Para él leer un

libro de historia, adquirir un cuadro, oír un poema eran tonterías. “Lo que este país necesita es plata, mucha plata”, agregaba.

En política le importaba quién estuviera en el poder. Con Torrijos acrecentó su fortuna y cuando olfateó que Noriega comenzaba a caerse organizó un comité de “Ciudadanos honorables, buenos panameños”, que pedían la intervención armada de los Estados Unidos. Su fama de moralista y de defensor de los derechos humanos se engrandeció. Su carácter agresivo compaginaba con su condición de enfermo de hemorroides. Su porte alto y panzudo proyectaba la estampa de un millonario tejano de origen latino, el cual acentuaba con su uso regular de ropa de colores encendidos.

A Mariana la decepcionó su proceder falso y machista. Le pedía, por ejemplo, que lo acompañara los domingos a misa mientras había pasado el sábado con su amante oficial. Asistía a la iglesia para que lo vieran sus amigos; “pues nunca se debe perder la imagen del buen cristiano”, proclamaba.

No fumaba ni tomaba licor en público pero lo hacía en un apartamento que poseía en Punta Paitilla, frente al mar. Allí celebraba orgías con mujeres dispuestas a toda clase de placeres.

Mariana, hastiada de su conducta, le pidió el divorcio. Lo firmaron, pero antes él le exigió que renunciara a sus acciones en la clínica. Lo hizo y vivió con sus hijos de su

trabajo y de una herencia dejada por sus padres en Curacao, la cual administraba su único hermano.

Ella estaba en contra del gobierno de Noriega pero era partidaria de que se le buscara a la situación una salida nacional, como los rumanos, que se hicieron justicia con sus propias manos. Participaba en las manifestaciones, en los mítines, en los ayunos y vigiliass religiosas y se consideraba una social demócrata de convicción.

Su conocimiento de la realidad argentina, en su paso de la dictadura militar a la democracia, le había dado orientaciones para enfocar situaciones similares como la que se daba en Panamá. Lo importante era salir de Noriega pero sin destruir el país, como lo estaban haciendo las sanciones económicas impuestas por los estadounidenses.

Educada en un hogar adinerado nunca tuvo relación con las clases necesitadas. Una muchacha mimada que convirtió sus caprichos en verdaderas órdenes para sus padres, devotos católicos, que la matricularon en un colegio de monjas. Graduada de secundaria la enviaron a estudiar medicina en Argentina

Para ella fue impactante este primer encuentro con la realidad latinoamericana, lo cual la estremeció de dolor. Fue por eso que comenzó a participar en movimientos de protestas, especialmente los que realizaban los estudiantes en contra de los militares en el poder.

En una ocasión estuvo en la cárcel. El ejército los cercó con tanquetas y cogió presos a los principales diri-

gentes estudiantiles. Salió de allí por la intervención del decano de medicina de la universidad y por cierta presión que se hizo en las calles por parte de los estudiantes. Todo el período de formación como médico fue pródigo en experiencias que fortalecieron sus valores.

Cuando llegó a Panamá sus padres notaron el cambio en su personalidad ya que era más afectuosa y se mostraba poco inclinada a la vida social de su clase.

Hizo su internado en el Hospital Santo Tomás y pasó un tiempo cumpliendo con sus compromisos, hasta que conoció a su futuro esposo del cual luego no quería ni siquiera pronunciar su nombre.

Los primeros años de matrimonio transcurrieron en armonía. Un día, sin esperarlo, descubrió que había seducido a su empleada doméstica.

Entonces inició una investigación y comprobó que llevaba una vida licenciosa que lo inducía a la obtención de satisfacción sexual con animales. Esto condujo al rompimiento definitivo y al reinicio de una nueva existencia. Consiguió trabajo en el Hospital General de la Caja del Seguro Social, alquiló una casa de menor costo y el tiempo libre lo dedicaba a prestar atenciones médicas gratuitas en un proyecto de consultorio popular especializado en los Altos de Samaria, en San Miguelito. Para esto había mandado a diseñar un plano en un terreno que le había ofrecido el general Torrijos, quien una vez la encontró mientras ejercía su trabajo social.

— No me preguntes la historia completa, le dijo a Alejandro en el camino de regreso del motel.

— ¿Lo amabas?

— Lo quería. Me impresionó su carácter emprendedor y alcanzaba lo que se proponía. Era un hombre de gran capacidad de trabajo. Lo conocí una noche y a los dos meses estábamos casados.

— ¿Alguna presión familiar?

— Ninguna.

— ¿Te arrepientes ahora?

— Un poco. Fue una resolución apresurada tal vez.

— ¿Incompatibilidad de carácter?

— Incompatibilidad en todo. Mis valores son otros. Celebró muchos contratos con el gobierno. Se hizo rico y se volvió inescrupuloso. Al principio no era así... ¿Te puedo pedir un favor?

— Dime

— ¡No hablemos de esto jamás!

— Está bien...

CAPÍTULO III

MONSIEUR ANDRÉ BARBOUX

Alejandro conoció a Monsieur André Barboux cuando tenía veintitrés años, una mañana de domingo en un café situado frente al Parque de Santa Ana, entre el Teatro El Dorado y el Bazar Francés. Un punto de reunión de intelectuales, sobre todo de historiadores que se distinguían por su sólida cultura y su elegancia en el vestir.

Monsieur André Barboux, que así le gustaba que lo llamaran, agregaba a la vestimenta una leontina de oro y un bastón gris con empuñadura de plata. Podía tener para ese entonces 42 años de edad y trabajaba de bibliotecario en el edificio de la administración del Canal en el área de Balboa. Era poseedor de una memoria privilegiada que lo convirtió en motivo de referencia en las más ilustres tertulias. Muchas veces lo visitaban intelectuales en su casa de El Chorrillo, en cuyas paredes colgaban pinturas valiosas y se levantaban anaqueles con libros bien empasta-

dos. A la vista, sobresaliente, había un retrato inmenso del edificio central de la Compagnie Universaille du Canal Interoceanique, construido en la plaza de la catedral. Hombre amable, de sonrisa permanente que acompañaba con un continuo inclinar de cabeza, se ganaba la simpatía de cuantas personas lo trataban.

Las primeras nociones de historia documentada que Alejandro recibió del Canal las escuchó de este negro educado, orgulloso de su panameñidad. Hablaba del Canal como de una realidad que se adentraba en los orígenes de ese eterno luchar por vencer a las fuerzas de la naturaleza.

— ¡Corinto!, ¡Suez!, ¡Panamá!, exclamaba evocador, son ejemplos de ese destino humano. Corinto junto al Peloponeso con la Grecia Antigua; Suez a África con el Asia; Panamá a la América del Norte con la del Sur.

Con los ojos hacia el pasado, continuaba:

— Los primeros en visualizar canales para la navegación fueron los faraones egipcios, que trataron de usar el río Nilo para llegar al Mar Rojo. Pero sus esperanzas las sepultó el desierto, bajo las sentencias del oráculo que se oponía a estas empresas.

En el siglo VII antes de Cristo hubo un intento que costó la vida a más de ciento veinte mil trabajadores por culpa del mandatario Nekko. Luego otro plan del canal del rey persa Darío Histaspes que tampoco resultó. Si-

guieron los ptolomeos hasta la época de Cleopatra, mas todo fue en vano ya que las arenas se elevaron invencibles sobre los sueños de los mortales.

¿Quién fue el genio que materializó estas visiones? ¡Ferdinand de Lesseps!, un nombre que Monsieur Barbox pronunciaba con señalado énfasis.

— Estudié algo de Lesseps, le dijo Alejandro.

— Es la historia viva del siglo XIX, contestó. El Canal de Panamá no se puede entender sin el trasfondo de Francia, de Lesseps. Se dieron acontecimientos extraordinarios como consecuencia del proyecto.

— ¿Cómo la penetración de los Estados Unidos en el Caribe?

— Como la explosión de la Primera Guerra Mundial y la ruina de la burguesía francesa. Todo en Ferdinand fue grandioso: su vida, su trabajo, su muerte. Nació en Versalles en 1805, vivió 89 años y era descendiente de una familia vasca ennoblecida por Napoleón en el siglo XVI. Alcanzó cimas gloriosas como la construcción del Canal de Suez y abismos sepulcrales como el escándalo de Panamá que le trajo humillaciones infinitas. Su credo altivo lo sintetizó en este pensamiento: “El hombre sólo se vuelve malo cuando tiene temor o hambre”. Tuvo cinco hijos con Ágata, su primera esposa, y doce con Louise Hélène Autard de Bragard, la segunda, que sólo tenía veinte años y le dio su último vástago cuando él cumplió los ochenta. Fue el héroe victorioso de Europa

y en su honor se organizaron infinidad de actos. Su suegra era tan bella que sirvió de musa inspiradora a Baudelaire. “Panamá, dijo Ferdinand, era un país hecho especialmente para seducirlo”.

— Fue bautizado por el pueblo —continuó— como “Le grand français”, “El gran francés”, “El gran patriota”. Físicamente, era de baja estatura con una apariencia de diez años menos de los que tenía. Cuando Inglaterra conquistó el control del Canal de Suez con el apoyo de la familia Rothschild, empezó su estrella a hundirse en el vacío. La empresa orgullo de Francia había caído en manos del Imperio Británico y para esa época se publicaba también la creación de la comisión del Canal Interoceánico por parte del Presidente Grant de los Estados Unidos.

Monsieur Barboux tenía una bibliografía erudita sobre el canal interoceánico y una clasificación de fichas-índice, que lo convertían en poseedor de una verdadera joya histórica.

Su ilusión era terminar un libro contra la leyenda negra de Francia en lo relativo al Canal. Había profundizado en la vida de Cornelio Hertz, en la quiebra de la compañía y en los tropiezos del señor Loubet. Hablaba de Andrieux, de la defensa de la República por Ribot, del proceso contra Lesseps y sus compañeros de la Triple Alianza, de los ataques de los ingleses, de Reinach, como víctima de Panamá. En fin, de la Tercera República Francesa a la que había dedicado toda una vida de investigación.

No obstante, su pasión intelectual no se detenía allí. Incluía la construcción del ferrocarril, una historia que le fascinaba escuchar a Alejandro.

— ¡Qué dramáticos pasajes!, repetía.

Entonces narraba aquello de la compañía ferroviaria de Panamá, la Panama Railroad Company, cuando comerciaba con los muertos, los metía en salmuera y los vendía a los laboratorios y escuelas de medicina del mundo. Cuando se le suministraba opio a los chinos para sostenerlos en el trabajo y luego se suicidaban por miles afectados por la “melancolía”, un efecto de las fiebres palúdicas que hacía que se colgaran de los árboles con sus propios moños, se ahogaran en los ríos y, lo más común, que se “empalaran” una muerte atroz que consistía en sentarse sobre cañas afiladas de bambú que los destrozaban por dentro.

Sus padres estaban enterrados en el cementerio francés, en una ribera del Canal en las afueras del poblado de Paraíso.

Recordaba a De Lesseps, nombrado subdirector de la Compañía del Canal Interoceánico y la inauguración de los trabajos a cargo de su hija Fernanda, el primero de enero de 1880. Asistió el Presidente del Estado Soberano de Panamá, Dr. Dámaso Cervera, y el obispo Paúl, de la diócesis istmeña.

El lugar escogido para la ceremonia fue “La Boca”, junto al estuario del río Grande, en el extremo del Canal

en el mar del sur, donde hoy se eleva el Puente de las Américas.

Se lamentaba del fracaso de la compañía y las causas que lo produjeron: falta de organización, ausencia de medidas en el resguardo de la vida de los empleados, la corrupción en los gastos de los altos funcionarios y las enfermedades del trópico.

El descalabro produjo una indignación popular en Francia, donde dio como resultado la disolución de la compañía por el Tribunal Civil del Sena, el cual condenó a De Lesseps a cinco años de prisión.

Los ingenieros franceses se equivocaron en la concepción de un canal a nivel y se tropezaron con el Corte de Culebra, que se elevaba imponente a más de cien metros de altura sobre rocas poderosas y profundas. Se impuso entonces la empresa estadounidense: dos lagos y tres esclusas, Miraflores, Pedro Miguel y Gatún.

Monsieur André libró duras batallas en defensa de los derechos humanos y fue famoso el caso de un negro acusado de violar a una blanca norteamericana, al que condenaron a 40 años de trabajos forzados. Pero sucedió que la víctima desapareció en los abismos de la muerte y tiempo después la mujer se arrepintió de la acusación, perseguida por su conciencia. Confesó que ella había provocado "el acto" sin que nunca se diera la violencia sexual. Pero ya era tarde. Sólo quedó la leyenda según la cual en

la cárcel, que hoy se llama El Renacer, en las noches se escuchan los lamentos de un presidiario que barre eternamente los contornos del penal. Y que en la carretera que pasa frente a la institución se aparece una mujer blanca que, arrodillada, pide perdón. La han visto casi todos los habitantes de Gamboa. Es un alma en pena que no tiene sosiego por acusar a un inocente.

Maestro Barboux lo llamaban porque el líder negro no sólo era un sabio a nivel de cultura integral, sino un protagonista de las luchas libertadoras en la empresa canalera.

La explotación de su posición geográfica ha sido la clave en su formación social de ser panameño, sostenía. El Camino de Cruces en la colonia, el Ferrocarril en el siglo XIX y el Canal de Panamá en el siglo XX forman la trilogía de acontecimientos históricos que sustentan el carácter nacional. La población negra no ha estado al margen de esta circunstancia.

Panamá ha sido espectadora de cómo sus riquezas han dicho adiós en cuanto a beneficio se refiere. La dignidad de la patria pisoteada, las segregaciones y las humillaciones a nuestro pueblo han sido constantes desde 1904, fecha del inicio de la construcción de la vía. Trabajadores explotados hasta la iniquidad, considerados ciudadanos de segunda categoría, protagonizaron protestas justas que lograron imponerse luego de mucha sangre derramada.

—Monsieur, le preguntaban, ¿de dónde reclutaron tanta mano de obra?

— De las islas del Caribe. La mayoría fue traída de Barbados, Martinica, Guadalupe y Trinidad. También de St. Kitts, Santa Lucía, Jamaica, St. Vincent, Grenada, Curacao, Guayana Inglesa e Islas Fortuna. Igualmente de España, Costa Rica, Italia, Cuba, Francia, Argentina, Grecia y, por supuesto, Panamá. Alistados para una obra extraordinaria, se enfrentaban a los peligros inimaginables, a un mundo desconocido de lluvias torrenciales, cargado de enfermedades, como la malaria, que obligaba al uso excesivo de la quinina. Esta traía como consecuencia la sordera, condición física que terminaba en tragedia, ya que luego no oían los estallidos de las dinamitas en las excavaciones ni los pitos de los trenes, lo que culminaba con miles de muertos. Los campamentos eran cárceles rigurosas: el dilema era entre el trabajador y la sepultura.

— ¿No trajeron mujeres Monsieur?

— Muy pocas. Martiniqueñas, las primeras que llegaron; negras robustas, muy hermosas, de enormes glúteos, senos grandes, dientes blancos y cabello crespo corto. Mujeres discriminadas por el sistema de segregación racial, conocido como el “Gold Roll” y “Silver Roll”, “Patrón de oro” y “Patrón de plata”, o, como dicen ahora, “Nómina dorada” y “Nómina plateada”, que significa separación en materia de moneda y salarios, ocupación, servicios, viviendas, educación y trabajo. En el primero estaban incluidos europeos y estadounidenses; en el segundo, los negros latinos.

— ¿Se dieron movimientos de protesta por ello?

— En 1916 se declaró la primera huelga de los trabajadores del Canal. El gobierno panameño la reprimió invocando el cumplimiento del Tratado de 1913. Los dirigentes fueron encarcelados y deportados. En 1920 se organizó otro movimiento similar pero también fue frustrado por la intervención del gobernador Chester Harding y el Presidente panameño Ernesto T. Lefevre. Posteriormente, en 1924, 1946, 1950 y 1954 se afianzaron organizaciones que lograron importantes reivindicaciones.

El 9 de enero de 1964 el hogar de Monsieur y Madame Barboux se convirtió en un reducto fundamental de las protestas que se daban en respuesta a la brutal agresión de la policía y el ejército de los Estados Unidos que, una vez más, masacraba al pueblo panameño.

Todo tuvo su origen en una serie de acontecimientos que se dieron a partir de 1958 con lo que se llamó la "Siembra de bombas". La causa de esta insurrección

Esta vez fueron reprimidos por las autoridades zoneítas y se produjeron choques violentos que se generalizaron en la línea fronteriza y terminó el enfrentamiento con heridos de ambas partes.

El incidente prendió de indignación a las masas al extremo de conducir las a la Embajada Americana, donde arriaron la bandera de las barras y las estrellas y se instaló la panameña. Los sucesos culminaron con la entrega de una nota al embajador Joseph Farland, cuyo texto expresa: "En reconocimiento a la soberanía titular que reside en la República de Panamá, con respecto a la zona del Canal, la bandera panameña se izará en adelante para que flamee junto con la bandera de los Estados Unidos, diariamente, en un área conocida como el Triángulo Shaler en la zona del Canal".

Querían los vecinos aplacar los sentimientos nacionalistas que se acrecentaban. Así continuaron las tensiones hasta que en 1962 el Presidente John F. Kennedy dispuso que el pabellón panameño fuera enarbolado en los edificios públicos de la zona del Canal de Panamá. Pero en 1963 estudiantes y residentes zoneítas se opusieron a la orden presidencial y sólo izaban la bandera de Estados Unidos. Ante esta realidad, estudiantes panameños se presentaron en el High School con el propósito de izar la bandera y fue allí donde se prendió el fuego de la contienda: el pueblo se lanzó contra las alambradas que separaban a estadounidenses y panameños y alcanzó a penetrar en el territorio ocupado.

Luego fue desalojado tras ataque despiadado de la policía canalera.

Esta batalla duró tres días y tres noches y se extendió a la ciudad de Colón. El resultado fue de 21 muertos panameños, más de 500 heridos y miles de golpeados. Del lado gringo murieron cuatro soldados y resultaron 88 heridos.

Alejandro Piamonte se unió a la columna montada por los esposos Barboux y se defendió con piedras y armas ligeras. El ejército estadounidense utilizó fusiles de largo alcance, bombas de gases lacrimógenos, carros blindados y aviones que no lograron retirar a los patriotas de la línea de fuego.

La contienda terminó con el rompimiento de relaciones diplomáticas que dejó una herida que aún permanece abierta. Cuando se incendió el edificio del Banco Agropecuario, en la plaza Justo Arosemena, de donde sacaron cadáveres carbonizados, uno de los que se lanzó al rescate junto a los bomberos fue Monsieur Barboux: una ráfaga de metralla le destrozó una pierna y lo incapacitó para siempre.

CAPÍTULO IV

LAS NOCHES DE LA INVASIÓN

A las ocho de la noche pasaron frente al Instituto Nacional en la Avenida de los Mártires donde soldados panameños de la Compañía Machos de Monte los detuvieron. Por primera vez dio sus señales completas: Mariana Andersen, médico de profesión. Ni Alejandro ni Federico hicieron comentario. Ellos también se identificaron. Llegaron a la casa de madera de dos altos en la calle veintisiete y subieron por una escalera hasta el primer piso: una isla de pulcritud en medio de tanta basura que identifica a ese sector de la ciudad. Las paredes limpias, el piso impecable y una mesa puesta como exigen las comidas formales.

Los esperaban. Él vestía su atuendo característico y ella un traje oscuro. El encuentro fue emotivo y charlaron del pasado, de la familia, de la ausencia de Alejandro por motivo de su trabajo, de los dos tomos que les mos-

tró con orgullo y que serían publicados por una editorial francesa.

Se sentaron para la cena: los invitados en el centro del comedor y los anfitriones en los costados. Una joven morena les sirvió de entrada un “saos”, patitas de cerdo cocinadas y luego mezcladas con limón, pepino, cebolla en rebanaditas, perejil, sal y picante. El resto del menú consistía en pescado sancochado, arroz con coco, bacalao, ñajú y ñame. Brindaron con saril, una bebida refrescante a la que se le agrega clavitos de olor y jengibre. Como trago fuerte tomaron ron blanco con agua de pipa.

Desde el balcón de un vecino se escuchaba música de Navidad y se veía un arbolito encendido con las típicas luces y unos niños que jugaban con globos. Hasta la sala comedor entraban las voces del barrio bullicioso, marginado, donde vivía también gente culta y honorable, muy al contrario de esa imagen de suburbio apestante que le han impuesto. El Chorrillo es mucho más que un barrio maloliente y miserable. Es una comunidad de tres mil novecientos noventa casas habitadas por veinticinco mil personas... caserones de madera edificadas en la época de la construcción del Canal para ser alquilados a los trabajadores de la obra.

— Hay de todo, decía Federico Porter.

Al final de la calle, una cuadra antes de la Avenida de los Poetas, vive la familia Finlay, personas finas en su comportamiento.

Madame Barboux cantó una canción en francés que traducía su esposo: “Los irlandeses llegaron llenos de bríos con los jamaicanos. Un barco de Cartagena se llevó el dolor de ellos al océano...” Los versos evocaban las excavaciones del Canal, estrofas, heridas por sentimientos que dispersaron las montañas.

Mariana quedó fascinada de la pareja:

— En mi vida he conocido gente más bella, dijo a Alejandro.

Charlaban animadamente cuando oyeron unas detonaciones.

— Eso es por Fuerte Amador, dijo Federico.

— Los gringos vienen haciendo prácticas por esos lados, agregó el anfitrión.

En verdad, las demostraciones de fuerza se daban para irrespetar la territorialidad de la nación, con el fin de hacerle una guerra sicológica a Noriega que había sumido al país en un caos.

Un estruendo inusual trastornó la reunión e inmediatamente se sintió un estropicio infernal. Eran las primeras bombas que caían en las barracas situadas al lado de la Cárcel Modelo.

La guerra había comenzado. La confusión se apoderó de la población.

— Esta invasión es un absurdo, dijo Alejandro. Noriega se está cayendo y ellos lo saben. Pero les interesa apode-

rarse de Panamá y para ello tienen que destruir las Fuerzas de Defensa. Viene el año 2000 y necesitan un país sumiso, arrodillado.

Una escuadra de helicópteros convirtió en escombros el Cuartel Central, un edificio construido en mil novecientos treinta y cinco, en la esquina de la calle veintitrés y Avenida “A”, planeado para alojar la Comandancia de la Policía Nacional, la Intendencia y el cuartel del cuerpo con todas sus dependencias. De forma ovalada, en uno de sus extremos, contaba con dormitorios y oficinas llenas de luz y bien ventilados. Según el arquitecto Rogelio Navarro, quien diseñó sus planos en mil novecientos treinta y cuatro, “es una estructura de gran duración y simplicidad en sus líneas”.

La escuadra de helicópteros la componían los Black Hawk, con interceptores de comunicaciones electrónicas, por microondas y satélite; los Chinook, Cobra, Apache AH-64, Scout, Sirkosky, y el Super Stallion, silencioso transportador de tropas. Fue una hecatombe que pulverizó los edificios. El cielo se convirtió en una inmóvil luz intensamente clara producida por las bengalas. Los misiles trepidaban en una implacable sucesión de explosiones junto a los racimos de granadas que subían y bajaban de intensidad en un oleaje macabro.

Cohetes y cañonazos, proyectiles y bombas de fósforo destrozaban la sede de la séptima compañía Macho de Monte.

La primera compañía de orden público, conocido como “Los Doberman”, Los Centuriones, el taller de mantenimiento de mecánica, el G-1 del Estado Mayor, el Batallón de Transporte, la Armería, el Departamento de Comunicaciones, la capilla San Jorge, el supermercado El Paco y las salas de juegos y recreaciones.

Era el diablo mismo metido en los artefactos de demolición que desprendían miembros y mutilaban los cuerpos de soldados panameños que, en su mayoría, fueron sorprendidos dormidos. Doscientos quedaron reventados en ese horno de residuos humanos en que se convirtió el primero de los ataques de esa noche.

Entonces las calles crujieron, se vistieron de camuflaje, de rostros pintados de negro, de cascos adornados de guirindajos, de torretas de tanques y de águilas mecánicas que disparaban con meticulosa precisión.

La gente no sólo se moría de muerte, se moría de horror. Entraban por todos los flancos los vehículos livianos de asalto Hummer de tipos diferentes. El principal, artillado con una ametralladora giratoria calibre cincuenta, Browning M2, visores infrarrojos, y un cañón Tow. Al unísono transportes de tropas blindados Bradley, tanques M60 con cañón de 115 milímetros, tanquetas, camiones y “trailers” cargados de municiones, que llegaban de las bases de Albrook, de Howard, de Clayton e incendiaban la tierra cada vez que lanzaban una carga de explosivos. La maquinaria era protegida por soldados

en traje de combate que marchaban imperturbables. Portaban fusiles de asalto Mig-A2, algunos con lanzagranadas, pistolas de reglamento M9 o Berete 92E, ametralladoras livianas M60 (GPMG), lanza cohetes de 66MM M72 AI y M72 Az.

— Nos van a masacrar, exclamó Mariana.

— Debemos irnos pronto, dijo Federico.

Ya era tarde, no podían salir porque el cerco estaba consumado. Quedaron atrapados. Madame Barboux miró el reloj y dijo:

— Son las doce y cuarenta y cinco minutos, puede ser el último día de nuestras vidas.

— ¡Las oficinas del DENI y la Dirección del Tránsito han sido atacadas!, gritó una mujer.

Se disparaba a todo lo que se movía.

Entraron en combate las fuerzas terrestres. Equipos blindados despedazaban la cerca y el muro de las instalaciones militares. La estrategia se consumaba por mar, tierra y aire, perfectamente sincronizada. Enceguecidos por el ataque inesperado, los prisioneros eran obligados a acostarse en el suelo con las manos sobre la nuca amarradas con sogas delgadas de nailon. Luego de balancearlos dos veces para tomar impulso, los lanzaban unos contra otros sobre el descubierto vagón de un enorme vehículo.

Los refugios del cuartel central explotaron por las ondas expansivas de las bombas que penetraban las honduras y subían en llamaradas inconmensurables.

En perfecta coordinación con las tropas de infantería y los tanques blindados, flotillas de aviones cazas F-18, de techo corredizo abierto, mantenían un acecho sostenido sobre los que trataban de escapar de la trampa montada para capturar a Noriega y a los altos oficiales de las Fuerzas de Defensa. Sin embargo, no lograron sus objetivos.

En las alturas, los tripulantes de los bombarderos se envalentonaban con violentos ritmos y gritos castrenses mientras sobrevolaban como monstruos prehistóricos encima de las personas que corrían sin rumbo, la mayoría a medio vestir.

Los camiones cargados de tropas se multiplicaban y las hojas de zinc se elevaban parecidas a cometas remontadas por hilos invisibles y furiosos. Las casas viejas ardían como hojas secas en verano. Errores de cálculo se tornaban en amasijos de carne quemada.

*Eran las doce y cuarenta
del día veinte de diciembre,
cuando empezó la invasión
que matara a tanta gente.*

Era la herida en la opalescente lámpara de maldiciones, en las almas en pena de los muertos y la hoguera en los campamentos del alma que ahogan los podrideros de las humillaciones.

Del cerro Ancón lanzaban fuego sobre el área residencial. Soldados panameños subieron a las azoteas de algunos edificios altos para responder con sus armas. Se oyó el estruendo de un aparato derribado al estrellarse en las cercanías del cementerio Amador. La respuesta fue brutal: los cuerpos quedaron regados por el pavimento.

— ¡Mi hijo!, gritaban las madres.

Muchos corrían hacia Balboa por encima de los heridos y los muertos. Los tanques los aplastaban.

— ¡Auxilio!, ¡auxilio!

Nadie prestaba auxilio.

La gente era llevada a los campos de concentración preparados en Nuevo Emperador, Fort Davis y el Detention Center de Fort Clayton. Era noche de pavor. Los soldados panameños tomaban posiciones a lo largo y ancho del barrio a medida que corrían los minutos.

De repente se fue la luz. La oscuridad era total y creció la angustia colectiva. Los incendios se encadenaban. El olor a pólvora era penetrante y el humo cubría el cielo. Conmovían los gemidos de los moribundos. Mujeres y hombres se arrodillaban, imploraban a Dios, caían, se

golpeaban el pecho. El Chorrillo se convirtió en una pira dantesca, en una montaña de lava hirviente. Se ejecutaba un genocidio.

Mariana, Alejandro y Federico trataron de convencer a los Barboux para que salieran con ellos.

— Ya iremos —respondieron—. Ustedes sigan.

Pero no salieron.

Los perros ladraban. Los morteros atravesaban las paredes. La gente se tiraba en los pisos creyendo ponerse a salvo de las balas. No había salvación. La muerte llegaba con la velocidad del rayo. El ataque era cerrado. Los combatientes que se rendían eran fusilados, sobre todo en algunas zonas de combate, donde la ceguera y el nerviosismo arrasaban con cualquier obstáculo.

“¡Viva la patria!”, gritó una muchacha. Cayó muerta. Era una joven estudiante del Instituto Nacional con una banderita en sus manos. La remató un Cobra. Después una tanqueta casi le pasa por encima si no hubieran intervenido las manos salvadoras de un compañero iluminado por el dolor y la impotencia. El cielo se convirtió en una mancha negra sobre el barrio.

Los tres lograron alcanzar la Avenida A. Oyeron a sus espaldas un estallido aturridor. Miraron hacia el lugar: el misil cayó sobre la casa de los Barboux. Una bola de fuego se elevó diabólica y se llevó los cuadros, las reliquias,

los libros de historia del Canal de Panamá, las cosas terrenales, las vidas de esos compatriotas que leían a Baudelaire en francés y a quienes encantaba contar la historia del poeta nacido en 1821 en París, que escribió “Las flores del mal” y que murió en 1877 debido a un ataque de parálisis hemipléjica.

El Chorrillo se convirtió en una fosa nauseabunda. Las víctimas pringaban de sangre un cielo de lamentaciones.

“Todo comenzó en la muralla del Terraplén de la Pesquera, por el cuartel de los Músicos”, narraba una voz anónima.

Noventa tanques dejaron regados en el pavimento los primeros diecinueve cadáveres, casi todos carbonizados.

En el aire, sobre la calle Bocas del Toro, helicópteros lanzaban rayos en distintas direcciones. Se disparaba a los que corrían presos de pánico. La calle veintiséis estaba totalmente rodeada de vehículos de combate. Se oían explosiones de diferentes magnitudes. Hubo una pequeña tregua porque hacían un llamado a los efectivos de las Fuerzas de Defensa para que se rindieran. Estos contestaban con fuego cerrado. Entonces estalló una bomba que pulverizó varias calles a la redonda. Fue un estrépito demencial. Después siguieron baterías de morteros y luego un incendio gigantesco que se inclinaba hacia la bahía. Se convirtieron en cenizas las calles veinticinco y veintisiete.

Un hombre explicaba:

“Yo vi cuando los gringos tiraron una bola plástica de color verde, a la cual arrancaron algo y la botaron dentro de un patio, pero no estalló. Del recipiente comenzó a salir una espuma que avanzaba, crecía y se metía por todos los rincones del lugar. Después prendió y generó un calor intensísimo. No se trataba de un incendio normal. Esta vez el color era tan fuerte que derritió el oro y las cucharas de comer”.

Hubo asesinatos a mansalva, grupos de policías fueron ejecutados cuando ya los tenían arrodillados frente al edificio Veinticuatro de Diciembre. Sólo portaban pistolas calibre treinta y ocho. Igualmente, en la pista que sube al Puente de las Américas yacían militares panameños atados de pies y manos con una soga blanca y tenían las cabezas destrozadas.

La gente se enfrentaba a los estadounidenses con insultos cara a cara. Un cura de la Iglesia de Fátima mantuvo la puerta abierta a los que no cabían en el local. Después este sacerdote cremó muchos cuerpos. Las casas que quedaron en pie fueron violentadas en busca de tropas enemigas. El terror se encrespaba a medida que pasaban las horas. Había cadáveres bajo los escombros de las casas derribadas. Se calcula que unos 500 civiles murieron allí. Soldados estadounidenses llevaban en el brazo “el transponder”, un protector electrónico que los detectaba y los protegía de los ataques aéreos.

Miembros de los Batallones de la Dignidad habían tomado posiciones en la Avenida de Los Mártires y mantenían una lucha estable. Eran milicianos organizados por Noriega para defender al país de la invasión que se temía. En su mayoría se trataba de muchachos pobres de pueblo.

Las Brigadas de la Dignidad tenían nombres como San Miguel Arcángel, Panamá - San Miguelito; Liberación Latina, Panamá - Chorrillo; Rosa Elena Landecho, Panamá - Tocumen; Comando Torrijista Dieciséis de Diciembre, Panamá - Fuerte Amador; Patria, Panamá, Arraiján - Chorrera; Indio Nomé, Coclé, Penonomé; Attacara, Herrera; Tomás Gustavo Armuelles, Chiriquí - Puerto Armuelles; Centinelas del Tuirá, Darién; Almirante Cristóbal Colón, Bocas del Toro; Nele Kantule, San Blas; Sipir Marget State, San Blas; Batallón 205, Coclesito, Río Hato; Libres de los Santos, Los Santos; Omar Torrijos Herrera, Veraguas; Omar Colón; Soberanía, Panamá - Capira; El Cholo Omar, Chiriquí - David.

Guiados por Federico, los tres pretendían alcanzar la Avenida Ancón para así ingresar a la ciudad. Ninguno se entregó al ejército invasor. Las humillaciones eran muy crueles. Arrodillaban a los civiles, les amarraban las manos por arriba de la espalda y los trepaban a patadas a un camión. A las mujeres les tocaban las nalgas, los senos y les hacían movimientos soeces tocándose los testículos.

Una granada estalló cerca de ellos, disparada a dos carretilleros que buscaban esconder su carruaje. Los ve-

hículos y los hombres saltaron por el aire y quedó sólo un hueco en el suelo.

Cuando llegaron al Cementerio Amador encontraron a muchas personas resguardándose detrás de las lápidas y dentro de las tumbas vacías, las cuales pensaban quizá que hasta allí no llegaría el ataque. Pero igual, los monumentos mortuorios se volatizaban convertidos en arena y polvo de cemento.

En la pared colindante con los edificios de la Huerta Sandoval divisaron un mausoleo de grandes proporciones que estaba abierto por un costado. Veloces, se dirigieron hacia él. Allí encontraron a dos mujeres y a un niño. En una esquina del improvisado claustro estaba prendida una vela que no proyectaba luz al exterior. La mujer, tirada en el piso, se quejaba de dolores de parto. Su rostro era de angustia. Resuelta, Mariana se agachó frente a ella, la examinó y se percató de la inminencia del hecho.

— Hay que ayudarla en seguida, dijo.

No había ningún instrumento para llevar a cabo la tarea. Buscó en su bolso y encontró unas pequeñas tijeras de metal para uñas y se dispuso a trabajar. Alejandro se quitó el saco y lo colocó debajo de la cadera para que se sintiera más cómoda. La otra mujer se ofreció de ayudante.

La embarazada había tenido que huir del multifamiliar donde vivía cargando en brazos a su hijo de dos años.

Las contracciones no se detenían a pesar del terror que la acechaba y la doctora trataba en vano de tranquilizarla. Gritaba y se retorció con cada contracción, las cuales aumentaban de intensidad a medida que afloraba la cabeza de la criatura. En el momento preciso de la expulsión se escuchó una fuerte detonación cercana que sonó al unísono con el grito desgarrador de la madre.

No hubo otros contratiempos en el alumbramiento. Mariana recibió al bebé y se lo entregó a la ayudante. Ligó el cordón umbilical con un cordel de zapatos que le facilitó Alejandro y cortó en la mitad. Minutos después, la placenta salió espontáneamente y el sangrado cesó.

Más tarde se acercó el sepulturero y los alumbró con una pequeña linterna; al percatarse de lo ocurrido, ofreció su ayuda incondicional. Federico sacó un billete de cincuenta dólares y se lo dio a la recién nacida.

Los tres partieron. Antes, la mujer les había agradecido con un ademán tierno y una sonrisa que se iluminó en su rostro lleno de sudor, pero pletórico de una felicidad que rebasaba las circunstancias dolorosas.

Saltaron la muralla del camposanto y llegaron al Jardín El Rancho. Federico conocía aquel centro de diversión y como experimentado cantinero sabía dónde estaba el depósito. Con una barra de acero que había encontrado en el camino forzó el candado de la puerta. Entraron en el cuartico repleto de botellas de licor, escobas, trapeadores y enseres de limpieza.

— ¿Quieren tomar algo?

— No, le respondieron.

Él se tomó media botella de un trago.

Descansaron unos minutos. Las manos, la blusa y el pantalón de Mariana estaban manchados de sangre.

— Vamos, dijo Alejandro.

Al llegar a la calle H y al doblar hacia el Seguro Social, una patrulla los sorprendió y los alumbró con un foco de pila.

— ¡Alto!, se oyó una voz. ¡Arriba las manos!

Con dejo portorriqueño el oficial les preguntó quiénes eran y ella le contestó que era médico, Alejandro periodista y Federico el guía.

— Está bien —contestó— sin pedirles identificación.

Bajaron los brazos, pero a Federico se le cayó el amuleto de madera que le había regalado Monsieur Barboux. Al rodar el objeto por una pequeña pendiente corrió tras él. De las sombras apareció un soldado que le disparó a quemarropa y lo dejó tendido en medio de un charco de sangre. El inesperado desenlace los paralizó al extremo de no poder pronunciar palabra. El militar que los había atendido se les acercó y sólo les dijo:

— Lo siento.

A los pocos minutos de la muerte de Federico pasó un camión refrigerado dedicado a recoger muertos. Parecía un carruaje de gallinas degolladas, como esas fotografías de cadáveres de judíos amontonados en los trenes en la época de Hitler.

A pesar de estar familiarizada con la sangre, Mariana sintió enormes deseos de llorar al ver a su patria víctima de sucesos salvajes como el que acababa de presenciar. Juró que algún día encontraría los restos de su amigo para sepultarlo como él merecía.

De repente, se les acercó un joven que dijo pertenecer a la resistencia del Instituto Nacional y les ofreció llevarlos a un refugio seguro.

Tomaron por la Calle Montesión y, en un giro repentino, entraron a un edificio de cinco pisos. En el último se encontraron con una serie de cuarticos de puertas reforzadas por gruesos barrotes de hierro, igual que una cárcel de máxima seguridad. Eran habitaciones de prostitutas que así se protegían de la clientela, en su mayoría marineros que pasan por el Canal de Panamá.

Era ese Panamá que nos lanzaba el Canal con su crueldad única y siniestra, donde se tasaba el amor efímero; ese Panamá de basura y miseria, pavimento tortuoso, de casas de tolerancia autorizadas; el Panamá de tabernas y sexo libre, de sábanas sucias, de pasado del marinero enfermo. En fin, el foco rojo del prostíbulo, la mujer del

soldado de encendidas mejillas, la ceba del espía, del presidiario, del humo del cigarrillo en la noche.

Era el Panamá de luces mortecinas, la bazofia de la naturaleza y también la madrugada desierta, espaciosa, adormecida por los vapores del alcohol y el hedor de las defecciones humanas. Centenares de prostitutas de todas las nacionalidades que vivían en ese sector, un hervidero de borrachos, rufianes, ladrones, vendedores de drogas, granujas, la ralea del bajo mundo citadino. Algunas, en sus cuevas, se dedicaban a dormir desnudas, indiferentes a lo que sucedía a su alrededor. Sin embargo, otras colaboraban con los panameños, como algunas dominicanas, porque según ellas:

— ¡Los gringos jodieron a Santo Domingo!

Por eso prestaron sus habitaciones para que se guardaran armas y municiones.

Mariana y Alejandro se recostaron en una cama donde tomaron un poco de café que les brindaron.

Entre las barras se veía a las mujeres de los otros cuartos cuando se levantaban para ir a un servicio comunal. Muchas llevaban tatuajes en la piel con nombres y dibujos de víboras, diablos y penes de todos los colores y tamaños.

Tan pronto las mujeres se enteraron de que Mariana era médico la llevaron a una de las habitaciones donde se encontraba un soldado raso de las Fuerzas de Defen-

sa, el cual presentaba una herida grande en la cabeza que tenía signos de infección. Le realizó un minucioso lavado y le sacó coágulos, pedazos de esquirlas, tierra, etc., le aplicó alcohol y juntó los bordes con esparadrapo, mientras se buscaba la forma de trasladarlo a un hospital. Al terminar la tarea, Mariana se sintió agotada y tensa. Pensó descansar unos minutos y se quedó profundamente dormida.

Al llegar un grupo de CODEPADIS (organización de empleados públicos defensores del régimen) en busca de municiones la despertaron y entonces Mariana y Alejandro resolvieron unirse a ellos a pesar de las diferencias ideológicas con estos grupos paramilitares, “pues quien no defiende a su patria de la agresión foránea es un cobarde”, por lo cual aceptaron. Además, las circunstancias tan cruciales que enfrentaban no les brindaban otras opciones.

En situaciones dramáticas donde la vida y la patria están en juego se abre paso en el ánimo, en forma instintiva, lo que en nuestro máximo estatuto, la Constitución Nacional, se establece: “Que todos los panameños están obligados a tomar las armas para defender la independencia nacional y la integridad territorial del Estado”... Y lo que el Código Penal dice: “Que el que ejecuta un acto para someter la República en todo o en parte a un Estado extranjero, aminorar su independencia o quebrantar su unidad, será sancionando con prisión de quince a veinte años”.

Mariana les habló de la urgencia de equiparse de materiales indispensables para prestar primeros auxilios. Se dirigieron a una farmacia cercana y obligaron al guardia de seguridad a abrirles sus puertas.

Su primera misión fue hasta la Calle K, donde un vendedor de verduras agonizaba. Tuvieron que burlar las alambradas eléctricas y las patrullas enemigas, pero cuando llegaron estaba muerto. Se había desangrado y tenía los intestinos fuera del abdomen.

Desde los zaguanes salían heridos que pedían ayuda y un cuadro terrible los conmovió: el peregrinaje de ancianos enfermos en sillas de ruedas que vagaban sin ninguna dirección.

Acompañados de dos muchachos que portaban un AK47 y un M-16, los que les servían de guardaespaldas, vieron un camioncito cargado de enseres domésticos que salía del barrio Marañón con rumbo a la Avenida Balboa. Lo interceptó un vehículo Hummer y ordenó que detuviera la marcha.

Mientras buscaba el sitio donde estacionarse se oyó una descarga poderosa que los convirtió en residuos humanos. Sus ocupantes eran una familia de campesinos santeños.

Llegaron a la Plaza Porras que estaba colmada de infantes de marina que habían tendido alambre de púas a la Embajada de Cuba. Para resguardarse se metieron en un

estacionamiento cerca de la Iglesia Don Bosco. Por la Radio Nacional se enteraban de los combates en El Chorrillo, Balboa, la Avenida de los Mártires y la Base Aérea de Albrook. Escucharon que un omnibús de la ruta Panamá-Chorrera había sido bombardeado desde un helicóptero. Allí perecieron veintiséis trabajadores que regresaban a sus hogares.

Mientras se sucedían los ataques en diferentes sitios de la ciudad, comandos especiales del ejército estadounidense allanaban las residencias de oficiales de las Fuerzas de Defensa, de personas allegadas a ellos y oficinas gubernamentales en busca de documentos comprometedores que involucraran el régimen de Noriega.

Al voltear por la Avenida Perú y la calle 36 vieron que un grupo de soldados estadounidenses se introducía por la fuerza en una casa: dos soldados caminaban adelante, cinco a una distancia de veinte metros y diez en posiciones de retaguardia. Se escuchó un disparo contra la cerradura de la puerta principal. Entraron y se llevaron unos envoltorios y al dueño de la residencia esposado. La gente del vecindario se limitaba a contemplar la escena.

Frente a la Casa del Periodista vieron venir hacia ellos a un señor, ayudado por dos personas, corriendo en un sólo pie rumbo al hospital Santo Tomás. La otra pierna le pendía de un colgajo, pues presentaba una gran herida con fractura de tibia y peroné que vertía sangre a borbotones.

— ¡Qué porquería más grande! —repitió Mariana—. Tanta maldad humana para derrocar a un hombre que ellos mismos formaron. ¡Esto es una mierda!

Amaneció. Por la Avenida Balboa tomaron la ruta hacia San Miguelito y en el camino encontraron cientos de personas carbonizadas.

Mariana, Alejandro y los dos muchachos armados tuvieron que hacer un alto forzado cuando se encontraron ante el gran puente del lugar. Se libraba una sangrienta lucha, pues los panameños se atrincheraron debajo y en los alrededores del mismo.

De pronto, se vio en los cielos, hacia los lados de la Vía Ricardo J. Alfaro o Tumba Muerto, una columna de aviones caza, el F-22, bombardero invisible al radar, y el boeing 707 con radar giratorio que cubre 600 kilómetros a la redonda a una altura de 10.000 pies. A los pocos segundos los estruendos acallaron la respuesta de los defensores de su tierra.

Alejandro no pudo soportar tanta barbarie. Salió del automóvil y se unió al último reducto que hacía un frente suicida. Desde allí descargó su pistola contra un pesado tanque oruga que lo barrió para siempre. El silencio sepultó el momento: Mariana corrió hacia donde estaba su compañero pero ya era tarde. Recogió los pedazos de carne humeante, los echó en una bolsa que encontró junto a él y los cargó hacia el vehículo que permanecía solitario, porque los dos jóvenes habían desaparecido.

Lloraba desconsolada. Se repuso y habló tan alto como para que la oyera el mundo, pero en realidad era una voz interior que emergía de lo más profundo de su alma:

— ¡La muerte te ha barrido llevando a cuestras tu noción de patria y el acto de vivir recobra su más limpia dignidad. Como los humildes heroicos guerreros de las más remotas villas del planeta preferiste ese destino antes que vivir humillado por tropas extranjeras! ¡Como a ningún ser en el mundo te he amado en esta noche interminable y seguiré viva para contar tu historia!

Mariana quedó desorientada y algunos voluntarios del Batallón de la Dignidad San Miguel Arcángel la condujeron hasta cercanías del cuartel de la Undécima Zona Militar. Un contingente de tropas organizadas sobre la marcha se disponía a contestar el fuego.

Desde las dos de la mañana había comenzado un ataque aéreo que fue rechazado por los soldados de la instalación militar de Tinajitas, que con una artillería liviana lograron destruir las posiciones enemigas. Esto ocasionó una respuesta sangrienta que duró media hora, comenzando a las cinco de la madrugada. Los panameños se dolían de la carencia de fuego antiaéreo. La cohetería caía equivocada y destruía techos de viviendas.

Por un momento cesó el bombardeo, que luego se reinició. Allí los estadounidenses perdieron una nave aérea y hubo otro cese al fuego. A las 9:30 una embestida

poderosa se extendió por los alrededores de Cristo Redentor, Villa Lucre y Cerro Viento.

Los nacionalistas, en sus trincheras en las faldas del Cerro Tinajitas, detuvieron el avance de la tropa aerotransportada que descendía de helicópteros de doble hélice. En esa ladera se peleó todo el día y al llegar la noche continuaron los enfrentamientos con heridos y muertos de ambos lados. Informaron por radio que un vehículo en Paraíso fue hecho pedazos en una emboscada. Otro convoy, que salió desde Chilibre, quedó destruido. Los agresores sufrieron una veintena de bajas.

En este encuentro enviaron el último modelo del helicóptero Apache que supera al Cobra, y que fue diseñado para combatir a los grandes tanques soviéticos. Dos mil panameños con armas ligeras contra los 27 mil invasores dotados de cañones, misiles, tanques, tanquetas y helicópteros de sofisticada invención: El subdesarrollo tercermundista contra la tecnología de la guerra espacial de Estados Unidos.

Mariana, con ayuda de la comunidad, levantó una carpa que le permitió atender a los lesionados. Permanecía en esa misión hasta el segundo día cuando el puente de San Miguelito volvió a ser defendido. El primer enfrentamiento fue contra una columna de soldados que se desplazaba por la Transístmica desde el corregimiento de Betania.

Una hora después, la aviación gringa saturó de bombas las colinas de los Andes No. 2 y Ojo de Agua. Iban a ata-

car los sectores civiles como hicieron en El Chorrillo. Esta información la obtuvo Mariana de aquella periodista que había visto en el bar de Federico Porter.

También le comentó sobre un acuerdo con los gringos: justamente, hacía tres días que Noriega había mandado a desmontar el potente aparato militar de combate y por eso no poseían defensa antiaérea ni morteros.

— Era una traición de Noriega, concluyó la periodista.

Agregó que estaba perturbada por la muerte de Alejandro Piamonte y que ya lo había informado al mundo. Cuando hablaban, una bomba cayó en una casa cercana y la gente corrió despavorida. Mariana entró al lugar pero su respiración era dificultosa debido al espeso humo que cubría el ambiente. Tirado en el piso y sin conciencia reconoció a Chencho Batista, paciente que había atendido una vez en sus recorridos por San Miguelito. Era un enfermo de tuberculosis. Lo sacó arrastrado de los pies hasta un pequeño patio donde corría el viento despejando la humareda. Aún le sintió el pulso, pero desfallecía rápidamente. Le dio respiración boca a boca sin importarle las consecuencias posteriores. El hombre reaccionó, le apretó agradecido las manos y le dijo:

— ¡Gracias, doctora!

No se había reincorporado del drama vivido cuando vio caminar hacia ella a un pequeño grupo de personas que portaban una bandera blanca, presidido por una mujer

morena. Antes de llegar gritó que necesitaba ayuda urgente, pues en esas hondonadas de la comunidad de Ojo de Agua había heridos y muertos. Era Donna la que aparecía en escena en una circunstancia diferente y tras de ella venía Tincito de la Flor frotándose los ojos, llorando.

—Vamos— dijo Mariana.

Salvando bloqueos llegaron a la entrada del poblado y se internaron en el monte. Las detonaciones eran violentas. Fueron detectados y de inmediato comenzó contra ellos una persecución implacable. Se tiraron al suelo, se arrastraron barranco abajo y en el aire vieron soldados en paracaídas. Encontraron resguardo en el bocado de una colina y en las paredes laterales de unos peñascos. Los aparatos comenzaron a sobrevolar bajo y a dispararles, cuyos fragmentos les caían al lado. Cada estallido los dejaba con un fuerte zumbido en los oídos, los aviones aparecían y desaparecían, los sentían encima de sus cabezas. La impresión era macabra. Un estrépito poderoso barrió todo el área donde estaban acostados, pero se salvaron por la densidad de los andurriales. Los riscos causaban vértigo y rocas, piedras y paredones saltaban en partículas. Se encontraron frente a un desfiladero y sintieron la llegada de la muerte, pero lograron alcanzar una cumbre, cruzaron un prado y rodaron por unas escalinatas hasta caer en unos estrechos pasadizos. Se respiraba un vaho de humedad y se estrechaban las profundidades. A cierta distancia de un contrafuerte de rocas oyeron unos quejidos: eran tres muchachos heridos que lograron ha-

cer señales con la punta de un fusil en el que habían amarrado un pañuelo manchado de sangre. Por doquier encontraban cadáveres destrozados.

—Ayudémoslos— dijo Mariana.

No hubo necesidad. En pleno cañón donde se encontraban reventó un mortero con una precisión satánica, lanzado por un avión de rastreo dotado de rayos láser y computadora térmica que registraba la presencia exacta del enemigo.

Entonces los vientos de la muerte cruzaron los hermosos valles, atravesaron los árboles de pólvora y corrieron ululantes por las calles inundadas de lamentos, tristeza y dolor.

El aparato dio una vuelta en picada y disparó contra ellos obligándolos a salir del refugio, arrojándose al fondo de un charco de agua escondido entre los acantilados. En ese recodo descansaron y planearon la retirada. Tincito fue el primero en salir escabulléndose por una planicie de hierbas altas florecidas, pero cuando lograba esconderse se resbaló por un precipicio de piedras amarillas logrando superar el traspiés. Se reponía de los golpes cuando sintió un quejido cerca de él: miró hacia allá y reconoció a un soldado atrapado con su paracaídas al borde de un desfiladero. Sangraba por la boca y se notaba semiaturdido. Tincito, aterrado por el hallazgo, trató de volver pero las piernas le flaquearon, observando que el militar le pedía ayuda indicándole por señas que estaba

desarmado. Vaciló un instante hasta que pudo más su sensibilidad humana y se le fue acercando aferrando sus manos en la tierra seca, hasta que llegó a la roca que sujetaba las cuerdas del globo de tela inflado por la brisa. Hizo lo que pudo pero todo fue inútil. Demasiado peso, sus fuerzas metidas en un cuerpo de ancho abdomen, cadera chata, nalgas blandas, brazos débiles y piernas delgadas eran el retrato de un maniquí decrepito y sangrante.

Un ruido sorpresivo lo hizo mirar hacia arriba: el helicóptero se posó vertical sobre él, aterrorizándolo una vez más. No sabía qué hacer. Agitó los brazos pidiendo auxilio pero no le entendieron. Al instante voló desintegrado. El paracaidista, por rebote de la explosión, también cayó al abismo.

Mariana y sus acompañantes oyeron el estruendo.

— Separémonos, dijo Donna. Nos veremos arriba, en la carretera por donde entramos.

Tomó una botella de ron que llevaba en una bolsa, la descorchó con los dientes y bebió un trago largo. Le ofreció a los demás con un gesto de camaradería pero nadie quiso.

Cada uno tomó rutas distintas. Mariana se sumergió por un sendero que se mimetizaba con los escarpados. En medio de vueltas y revueltas logró divisar algunos cultivos, pero un cielo plomizo era sinónimo de fatalidad. Miró el reloj y la aguja marcaba las 4:30 de la tarde. Estaba

fatigada y se dispuso a descansar en una ancha hendidura de un cerro arbolado, frente a un extendido horizonte de múltiples colinas verdes. Era el paisaje cordillerano golpeado por una circunstancia cruel. Recostó su cabeza sobre el maletín de medicinas y se quedó dormida, soñando con pájaros de colores que se devoraban bajo un firmamento anaranjado.

A los pocos minutos la despertó un nuevo enfrentamiento. Meditó sobre su destino y entendió que ella era la vida en esos instantes porque estaba segura de que había quedado embarazada. A su alrededor estaba la muerte, que era la guerra en su descarnada realidad.

Vio una ardilla deslizarse por el seco tronco de un arbusto y en lo alto una bandada de garzas en vuelo sincronizado hacia el olvido. Sonrió con un dejo de tristeza. Los techos de unas casas hundidas en la quebrada le trajeron a la memoria el recuerdo de su madre dulce y maravillosa. En casa tenía una foto grande y deseó en el alma tenerla cerca para que la ayudara en esta hora de dolor, de desesperanza, que posara sus manos sobre sus hombros abatidos porque a ella siempre le preocupaba su porvenir. Pero, ¿qué es el porvenir? No sabía su significado. ¿Es hacer el bien? ¿Vivir o morir por una causa? Entonces lo había encontrado. Estaba segura de ello.

En esos momentos reafirmó que ella era la vida, como la bocanada de aire caliente que le abofeteaba el rostro, como el aletear de los pájaros, el resplandor de la explo-

sión en el crepúsculo y los indefensos animales que huían de las detonaciones. La muerte estaba del otro lado, era la bestia que arrasaba con todo a su paso. Se acentuaban en sus brazos los arañazos de la maleza y sintió sed y hambre pues no había pasado bocado desde la taza de café en el apartamento de las dominicanas.

Cayó la noche y meditó en silencio:

“¡Qué guerra más sucia y desigual! ¡Panamá no tiene un solo avión de guerra! ¡Sólo tiene ahora muertos que claman justicia desde el más allá en una patria abatida y desolada!” Sintió gran pena y dolor en su corazón. Vio en lo profundo la ciudad titilante donde estaban las guirnaladas, las luces de colores y los regalos de Navidad. También se escuchaba el rumor lejano y adolorido de las canciones de los niños. Era el resultado de la salvaje agresión de la miseria humana, de la invasión de **las luciérnagas de la muerte...**

Una mezcla inmundada de soldados extranjeros, marihuana, heroína, cocaína, cerveza, whisky, el vómito de los borrachos, la mierda de los perros, la carne sudada... la porquería universal. Todo le parecía un sucio episodio que sacudió la conciencia, que le crispaba el estómago y le anudaba la garganta. Sintió un podrido olor a hospital y a sangre suicida.

Estaba sola y tenía miedo, mucho miedo. Cayó a sus pies un ave moribunda y vio pasar una mariposa negra que se perdió en la oscuridad infinita.

Donna, junto a las otras compañeras, esperaban impacientes la llegada de Mariana. La muerte de Tincito le había desgarrado el alma que anegó con el resto de licor bebido con angustia y desesperación; sintió deseos de morir con él porque era lo único que tenía en el mundo. Se tendió boca arriba, sintió un hormigueo en el cuerpo y retumbar en los oídos; la atmósfera enrarecida tenía sabor a boñiga seca y a reptiles en la boca. Un sudor frío le corría por las sienes y se vio indefensa, solitaria y miserable. En su memoria guardaba la imagen de aquel cuerpo hinchado, macabro y fofo que reventó la metralla. Se desplomó, cayó de bruces, pero se levantó violentamente. Volvió a caer y mientras se revolcaba en el suelo, bramando como una bestia herida, se mordió los puños y se arrancó los cabellos. Gritó con una fuerza sorda, de pozo negro sin fondo, de esputo y pus, mordiéndose la boca hasta sacarse sangre.

— ¡Infames! ¡Asesinos! ¡Malditos sean!

Luego cayó en una postración desolada y pasó la noche. Noche de zancudos y sopor asfixiante, de calor y odio, de gallos tristes, de testimonios, de hormigas, de pencas de palmeras lejanas, de herbazales en la mata de monte.

El amanecer mojó el llano enrojecido y los pedazos de selva en la hoyada de los cerros parecían axilas de monstruos apocalípticos. El cielo se llenó de gallinazos que giraban lentamente, sin mover las alas, hasta que se lanzaban en picada sobre sus presas.

La claridad del día llegó con una bandada de palomas que iluminaron el cielo.

— Vamos, Donna, le dijo una de las compañeras. Despierta, has pasado una mala noche. La vida continúa y hay mucho que construir.

— La doctora no llega, vamos a buscarla, dijo Donna.

Los ataques aéreos y los combates en tierra iban disminuyendo paulatinamente. Muchas personas salieron en busca de Mariana pero no la encontraron.

— ¡La doctora... ¡A la doctora la mataron!, decían unos.

— ¡Se perdió!, decían otros.

— ¡La quemaron con lanzallamas!, agregaba un señor de “Ojo de agua”, que dijo haberla visto montaña adentro.

— ¡Se la llevaron para las fosas comunes!, suponía la mayoría. Lo cierto fue que la doctora no regresó nunca más. ¿Muerta? ¿Desaparecida? Nadie lo sabe. Entonces se rememoraron pasajes de gente que la conoció, anécdotas, verdades a medias, historias inverosímiles de una mujer que se ganó el amor de todos, que se aferraron a ella como un símbolo de liberación nacional, como una estrella luminosa que brillaba por encima de los trastos sucios de la historia.